


 El Monje Teótimo.

Acaso nunca ha habido anacoreta que viviese en tan desapacible retiro como Teótimo, monje penitente, en alturas más propias que de penitentes, de águilas. Tras de placer y gloria, gustó lo amargo del mundo; debió su conversión al dolor; buscó un refugio alto, sobre la vana-agitación de los hombres; y lo eligió donde la montaña era más dura, donde la roca era más árida, donde la soledad era más triste. Cumbres escuetas, de un ferruginoso color, cerraban en reducido espacio el horizonte. El suelo era como gigantesca espalda desnuda; ni árboles, ni aun rastro de matas, en él. A largos trechos, se abría en un resalte de la roca una concavidad que semejava negra herida, y en ^{ella} ~~xxakkí~~ encontró Teótimo su amparo. Todo era inmóvil y muerto en la extensión visible, a no ser un torrente que precipitaba su escaso raudal por cauce estrecho, fingiendo llanto de la roca, y las águilas que solían cruzarse entre las cimas. En esta espantosa soledad clavó Teótimo a su alma, como el jirón de una bandera destrozada en lides en lides del mundo, para que el viento de Dios la limpiase de la sangre y el cieno. Muy pronto, casi sin luchas de tentación y sin nostálgicas memorias, la gracia vino a él, como el sueño al cuerpo vencido del cansancio. Logró la entera sumersión del pecho en el amor de Dios; y al paso que este amor crecía, un sentimiento intenso, lúcido, de la pequeñez humana, se concretaba dentro de él, en este diamante de la gracia: la más rendida y congojosa humildad. De las cien máscaras del pecado tomó en mayor aborrecimiento a la soberbia, que, por ser primera en el tiempo que las otras, antes que máscara del pecado le pareció su semblante natural. Y sobre la roca yerma y desolada, frente al adusto silencio de las cumbres, Teótimo vivió, sin otros pensamientos que el de la única grandeza velada allá tras la celeste bóveda que sólo en reducida parte veía, y el de su propia pequeñez e indignidad.

Pasaron años de esta suerte; largos años durante los cuales la conciencia de Teótimo sólo reflejó de su alma imágenes de abatimiento y penitencia. Si acaso alguna duda de la constancia de su piedad humilde le amargaba, ella nacía del extremo de su misma humildad. Fue condición que Teótimo había puesto en su voto, ir, una vez que pasase determinado tiempo de retiro, a visitar la tumba de sus padres, y volver, para siempre, al desierto. Cumplido el plazo, tomó el camino del más cercano valle. La montaña perdía, en lo tendido de su falda, parte de su aridez, y algunas matas, rezagadas de vegetación más copiosa, interrumpían

pían lo desnudo del suelo. Teótimo se sentó a descansar junto a una de ellas. ¿Cuántos años hacía que no posaba los ojos en una flor//, en una rama, en nada de lo que compone el **mundo** alegre y undoso colgado de los hombros del mundo? Miró a sus pies y vio una blanca florecilla que nació de un tallo acamado sobre el césped; trémula, y como medrosa con el soplo del aura. Era de una gracia suave, tímida; sin hermosura, sin aroma...Teótimo, que reparó en ella sin quererlo, se puso a contemplarla con tranquilo deleite. Mientras notaba la sencilla armonía de sus hojuelas blancas, el ritmo de sus movimientos, la gracia de su debilidad, una idea súbita nació de la contemplación de Teótimo. ¿También cuidaba el cielo de aquella tierra florecilla; también a ella destinaba un rayo de su amor, de su complacencia en la obra que vio buena! Y ésta idea no era en él grata, afectuosa, dulcemente conmovida, como acaso la tuvimos nosotros. Era **amarga**, y promovía, dentro de su pecho, como una hesitante rebelión. Sobre la roca yerma y desolada nunca había nublado su humildad el pensamiento que ahora le inquietaba. ¿Todo el amor de Dios no era entonces para el alma del hombre? ¿El mundo no era el yermo sobre el cual, única flor, flor de espinoso cardo, el alma humana se entreabría -- sabedora de no merecer la luz del cielo, pero sola en gozar del beneficio de esta luz? Vano fue que **luchara** por quitar los ojos del alma, de este obstinado pensamiento, porque él volvería a presentársele, cual si lo empujase a la claridad de la conciencia de Teótimo una tenaz persecución. Y tras él, sentía el eremita venir de lo hondo de su ser, un rugido cada vez más cercano..., un rugido cada vez más siniestro..., un rugido cuyo són conocía, y que brotaba de unas fauces que creyó mortalmente secas en su alma. Bastó una débil florecilla para que el monstruo oculto, la **soberbia** apostada tras la ilusión de la humildad, dejase, con a **vasallador empuje**, su guarida...Bajo la alegre bondad de la mañana, mientras tocaba en su pecho un rayo de sol, Teótimo, torve y airado, puso el pie sobre la flor indefensa...